LA MODA ELEGANTE

Año XXII. **PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,** Núm. 47.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Corpiño de cachemira.—Corbata de abogado.—Dos cintas-corbatas.—Limosnera.—Castellana con cinturon.—Redecilla con fanchon.—Capucha de abrigo.—Corpiño-chaqueta.—Las mujeres de nuestro siglo.—El estilo es el hombre.—Un año de matrimonio.—Revista de *Cádiz*.—*Problemas de ajedrez*.—*Advertencia*.

Corpiño de cachemira.

Este corpiño podrá utilizarse de varias maneras; servirá para vestidos de casa acompañando todos los trages que no tengan otro corpiño; podrá llevarse con chaquetas cortas y flotantes, —y en fin podrá hacerse de la mismo tela que la enagua del trage.

Nuestro modelo es de cachemira azul con trencilla blanca. Tambien puede hacerse el dibujo con lana blanca fina á punto de cadeneta. El corpiño es enteramente plano y así presenta una variedad de la *camisa Garibaldi*, que jamás ha sido aceptada por un gran número de señoras.

Este corpiño no se sujeta por una jareta en el talle; se asegura por el cinturon mismo del trage, ó bien, si se quiere, por un cinturon de faldetas de la misma tela, y del que publicamos mas adelante el dibujo. No hay inconveniente en que el corpiño en cuestion se haga de muselina fina y se borde con lana de color.

CORPIÑO DE CACHEMIRA.

Corbata de abogado.

La parte que rodea el cuello, así como el lazo, se hacen de tafetan azul Méjico; los cabos se cortan de tul negro fuerte, y se cubren con encage negro estrecho. Para el contorno del cuello se emplea una tira de tafetan que tenga 40 centímetros de largo por 3 de ancho, y que sirve para cubrir otra tira doble de tul de 1 centímetro de ancho; el lazo, que tiene 5 centímetros y 1/2 de ancho, se forra igualmente de tul. Las hojas tienen de largo los mismos 5 centímetros y 1/2 y así ellas como la *traviesa* del lazo se adornan con cuentas negras, que van indicadas en el dibujo.

Cada uno de los cabos se forma con una tira de *tul negro de 7 á 8 centímetros* de ancho por 18 de largo; se redondean ámbos por un extremo, y principiando por el lado redondeado, se cubre el cabo con 4 filas de encage negro que se ponen con muy poco fruncido, y que tienen 2 centímetros y 1/2 ó 3 de ancho. Para cada cabo de la corbata se emplean 56 centímetros de encage; en cada uno de aquellos se hacen dos pliegues para coserlo debajo del lazo; se pone en la tira del cuello un boton forrado de tafetan, y en el lado opuesto una presillita de cordon elástico, con objeto de abotonar la corbata por debajo del lazo.

Dos cintas-corbatas.

Se llevan á manera de corbatas unas cintas que tengan el ancho indicado en nuestro dibujo; los dos cabos de estas cintas se adornan con bordados y flecos anudados.

La cinta de tafetan negro (dibujo n.º 1) tiene 90 centímetros de largo, sin contar el fleco; el bordado se ejecuta con seda punzó y blanca, y presenta una reunion de diferentes puntos; se hace al pasado, á punto ruso, á punto de cadeneta y á punto de nudillos; la seda encarnada se indica por el color mas oscuro. Con una aguja de zurcir se pasan por la cinta cabos compuestos de seis á ocho hebras de torzal negro de seda, cada uno de 23 centímetros de largo; se les echa un nudo junto á la cinta, y luego se hace con ellos un enrejado, formando una cruz con torzal blanco de seda.

La cinta de tafetan lila (dibujo número 2) se borda con seda blanca y negra *al pasado y á punto ruso*. El fleco lila se hace como se ha indicado para el modelo anterior; pero el enrejado se asegura por medio de cruces hechas con seda negra.

Limosnera.

Nuestro modelo se hace de terciopelo azul turquí, forrado de tafetan de Florencia blanco. Los adornos, la cerradura y la cadena son de acero. Puede aplicarse sobre la limosnera cualquier dibujo adecuado de los que hemos publicado en nuestra coleccion, ejecutándolos bien con trencilla ó bien á punto de cadeneta. Las estrellas podrán hacerse á punto de nudillos ó con cuentas de acero.

Despues de hecho el bordado sobre la parte que ha de volverse hácia adelante, se forran los dos pedazos con tafetan blanco y se unen uno á otro colocando todo al rededor un vivo. El borde superior que forma la abertura de la cara de delante se ribetea con una cinta. Se pueden reemplazar los cascabelillos de acero con borlitas hechas de cuentas de acero, y la cadena

© Biblioteca Nacional de España

con una cinta de terciopelo igual al de la limosnera, bordada asimismo con cuentas de acero.

Castellana con cinturon.

Nuestro modelo se hace de muaré *antique* violeta, forrado de tafetan de Florencia negro, y se guarnece con encage negro estrecho, galon y botones negros y blancos.

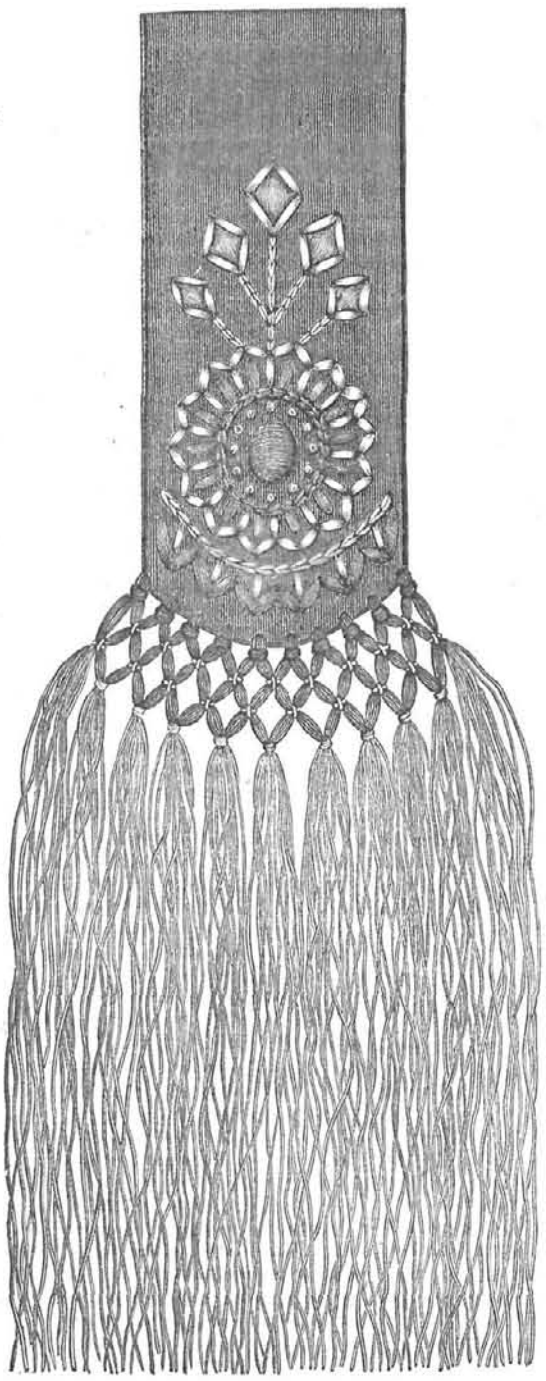
Entre la tela y el forro se pondrá gasa ó percalina fuerte, la cual será doble para la castellana, y entre estos dos pedazos se colocará una faltriquera. En la percalina, y tambien en el muaré, se hace una abertura, y esta se ribetea con una cinta. En los contornos exteriores, así la tela como el forro se redoblan uno contra otro, y se orlan con un encage puesto plano, cuya costura se cubre con galon ó cinta de terciopelo con filetes blancos. Los botones se ponen consultando nuestro dibujo.

El cinturon se guarnece con ballenas y para cerrarlo se ponen corchetes en uno de sus lados.

Redecilla con fanchan.

El rizado que forma diadema, así como el fanchon ó toquillita, son de tafetan azul; la redecilla se hace de cordon muy fino del mismo color. Se emplearán 67 á 70 centímetros cuadrados de tafetan y dos piezas de cordon para ejecutar este tocado.

La *red se hace con un molde que tenga 2 centi*metros y medio de circunferencia; se arman 16 mallas, se forman 17 vueltas de ida y vuelta, y despues se rodea este cuadro con 7 ú 8 vueltas. Sobre algo mas de la mitad de las mallas que forman el borde de la redecilla, se pone una cinta elástica de 15 centímetros de largo, cuyos dos extremos se sujetan por algunos puntos. Las mallas se dividen



N.º 1.—CINTA-CORBATA.

CORBATA DE ABOGADO.

igualmente y se cosen sobre una doble tira de tul negro fuerte, que tenga 25 centímetros de largo por 2 *de ancho. No se ha de olvidar, al armar la* redecilla, que las vueltas han de aparecer al sesgo.

Capucha de abrigo.

Se hace esta capucha de cachemira ó franela; se compone de una pelerina puntiaguda por delante y por detrás, y de una capucha que forma por delante una punta María Estuardo, tal como hoy se ve en la mayor parte de los tocados.

El delantero de esta se adorna del modo siguiente, *se toma* una tira al sesgo de cerca de 4 centímetros de ancho, con uno de sus bordes recortado; en el que no lo está se forman pliegues de algo menos de un centímetro, separados por un espacio de un centímetro, y este rizado se cose al borde de la capucha, se pliega en el medio una segunda tira igual á la anterior, pero recortada por ámbos lados y se pone encima de la primera, de modo que esta sobresalga de la segunda 2 centímetros. Este nuevo rizado debe colocarse no solo por fuera sino por dentro de la capucha, como lo indica el dibujo; al coserlo se cuidará de que los fruncidos se distribuyan con igualdad.

Pelerina.—Se dobla el borde por el derecho en una anchura de un centímetro y debajo de este pliegue se pone por el revés de la pelerina una tira de tul negro fuerte que tenga la forma misma de aquella y un ancho de 2 centímetros. Esta tira sostiene la guarnicion, que es semejante á la de la capucha. Esta se frunce por el lado que corresponde al cuello, empezando por el centro.

Tanto en la pelerina como en la capucha se ponen corchetes, á fin de ajustar esta al rostro cuanto se quiera.

Estas capuchas pueden haserse encarnadas, azules, verdes, color violeta, grosella ó blanco.

Corpiño-chaqueta.

Este corpiño podrá hacerse bien de tela igual á la del traje con que ha de llevarse, bien de cachemira ó paño negro para acompañar á cualquiera enagua. Nuestro modelo es de muer gris, adornado con galones de seda y rizados color azul aciano. El dibujo es de arabescos.

LAS MUJERES DE NUESTRO SIGLO.

CARTAS DE TRES AMIGAS

RECOPILADAS
POR
MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

(Véanse los números 25, 29, 34, 39, y 43.)

VI.

Al oir á la agradecida mujer expresarse así, los dos hijos mayores del alcalde se levantaron como si á la vez les hubiera movido una fuerza irresistible.

—Poco á poco, dijo el segundo que era mas vivo y menos mesurado que el primogénito. Isabel, V. no sabe lo que se dice y nos ofende: ¿le parece á V. que porque los cinco mayores hayamos salido bien hemos de dejar mal á Teresa? Pues no hay tal! Cada uno de nosotros le daremos un poco y lo mismo haremos con los cuatro que á padre le quedan.

—Es muy justo, añadió el mayor.

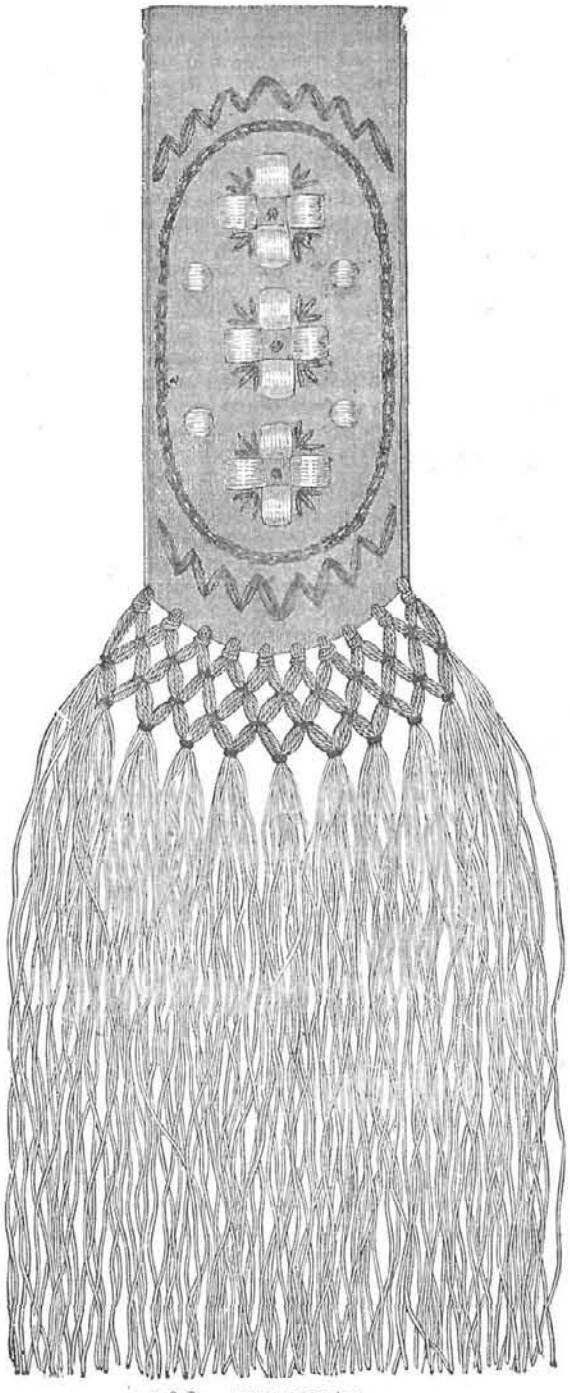
—Es lo que debe ser, dijeron en coro las tres hermanas casadas.

—Yo, dijo el esposo de la mayor que era el mas rico de todos, daré á Teresa, por mi mujer y por mi, doscientos pesos.

—Hijo! eso es el dote que yo dí á Simona! exclamó el padre: ¿vas á cederlo ahora?

—Porqué no, señor? repuso el rumboso aldeano: de entonces acá hemos prosperado: mi abuelo murió y me mejoró en su testamento: mis olivares dan quinientas arrobas de aceite: en mi casa se matan todos los años dos cerdos y una vaca; las paneras están llenas: los graneros se hunden de peso: mi ganado es el mas numeroso del contorno: en la bodega ya no cabe mas; y solo tengo un hijo: padre y señor, ya que tanto doy á los pobres, ¿no he de poder hacer un regalillo á Teresa? Con eso están aviados los muchachos y mis demás hermanos, que no están tan ricos como yo, no tienen que desprenderse de nada.

—Aquí no hay que venirse con roncas, dijo mohino Blas, el hermano mayor de Teresa: si tú eres tan rico, ya lo sabemos y tanto mejor para *ti*; pero la chica ha de ir arreglada por nosotros, que aunque no tengamos tanto, nada nos falta; y en eso de dar no nos hemos de quedar atrás.



N.º 2.—CINTA-CORBATA.

© Biblioteca Nacional de España

—Lo dicho, dicho está, respondió el rico Márcos: doy á Teresa doscientos pesos: cuanto mas añadais vosotros mejor para ella.

—No necesita tanto, dijo de muy mal humor el hijo segundo: sus cuatro hermanos le daremos a cien pesos, y tú y Simona dareis lo mismo.

—Lo dicho, dicho, repitió el terco Márcos: por mí llevará doscientos.

—Hijos, ¿porqué incomodarse siendo todos tan buenos? preguntó Marcial que lloraba anchas y copiosas lágrimas: dejad á Márcos y á Simona; Dios les ha dado mas y son dueños de darlo: lo que si creo es que todos poneis demasiado en la dote.

—Yo lo arreglaré todo, dijo Teresa, si me dejais y padre da licencia para ello.

—De qué modo? preguntaron el padre y los hijos.

—Mirad cómo: yo tomo la casita de madre Isabel que está tan arreglada y limpia: la quiero por dos cosas; porque Madre Lucía la llenó de todo para mí y madre Isabel la arreglaba y cuidaba para la mujer de su hijo; tomo además diez duros de mi padre para hacerme mis galas; y veinticinco de cada uno de mis hermanos, Blas, Pablo, Juana y Carolina; que son ciento: de Simona, ya que tan generoso es su marido, tomaré cien...

—Y porqué esa distincion? preguntó Blás que era el que tenia peor genio.

—Por lo que vais á oir; de los cien duros, veinticinco serán para mí, y los otros setenta y cinco para esta.

Teresa, al decir estas palabras, apoyó su pequeña y blanca mano en la cabeza de una niña de unos doce años que estaba sentada á su lado.

Era una criatura fea, pero en cuyo semblante habia una admirable expresion de cándida dulzura: sus facciones irregulares estaban señaladas por las viruelas: sus ojos azules eran tristes, pero su mirada estaba llena de mansedumbre.

—Sí, repitió Teresa; esos setenta y cinco duros serán para que se haga los hábitos Casilda.

—Los hábitos! repitió toda la familia.

—¿No sabeis que desea ser monja? pues yo sí: de algo me ha de servir el haberlos casi criado! añadió con un orgullo de inocencia. Casilda desea ser religiosa y yo lo sé: será una santa que pedirá por todos nosotros.

Despues de aquellas palabras, nadie volvió á hacer observaciones y los preparativos de la boda se activaron todo lo posible.

Apesar de la cariñosa insistencia de Marcial, Teresa no quiso tomar mas que diez pesos del escaso caudal que ya quedaba á su padre, los que empleó en hacerse un vestido de lana negro y dos de percal además de los que ya tenia á medio uso.

Estas fueron las galas de la inocente novia.

Márcos, cuyo afan de dar no se saciaba nunca y que era magnífico como un emperador; le regaló una hermosa cruz de oro; sus hermanos le compraron un collar y unos pendientes de piedras blancas engastadas en plata y Marcial le dió el rosario con que rezaba su madre cada noche.

Las muchachas mayores, á pesar de ser muy buenas y de querer mucho á Teresa, pusieron mal gesto al ver esta distincion: hubieran deseado dividir el rosario para todas.

—Hijas; les dijo Marcial: mientras vosotras *festejábais* con los que hoy son vuestros maridos y os calentábais en la lumbre de la cocina, la pobre Teresa, bien chiquita aun, *bregaba* con los pequeños, que cuando se enfadaban la tiraban del pelo y la hacian *beber la toca*; Lázaro la tiene dado mas cachetes que bocados de pan ha comido; la pobrecita *pasaba el sino* y vosotros la dejábais con la carga: vuestra madre jamás supo castigaros ni obligaros á nada; yo tampoco; pero nos llegaba al alma la mala vida de la pobre niña: así es que vuestra madre me decia muchas veces:—cuando se case Teresa le daré mi rosario que es lo que mas estimo, porque bien lo merece.

¡Santa piedad de la aldeana que veia en su rosario la joya de mas valor y el mas rico don para su hija!

Las muchachas callaron avergonzadas.

Pocos dias despues se efectuó la boda tan alegre y tan ruidosa que durante muchos años fué nombrada en diez leguas á la redonda.

CASTELLANA CON CINTURON.

Los novios se fueron á la casita que habia habitado Isabel García con su hijo cuando la miseria les acosaba con tanta crueldad.

La casita estaba limpia y primorosa y era de las mayores de la aldea: tenia su pedazo de huerto, su establo, su corral, y en el patio la cocina: subiendo una escalerilla de tierra habia dos salas una dentro de otra y un cuartito separado.

Teresa fué tan fecunda como su madre; tuvo en doce años diez hijos: su casta y suave belleza se fué agostando; pero jamás pudo desaparecer del todo, y aquel rostro que habia sido encantador, pasó á ser agradable y siempre gracioso y expresivo.

LIMOSNERA

Poco despues de casarse Teresa, agobiaron á Marcial algunos disgustos. Casilda entró religiosa á la tierna edad de quince años y el anciano lloró tanto como si se hubiera muerto. Márcos dió tanto y con tan poca prevision que se vió reducido á una mediania muy cercana á la pobreza, y Mariquita, la menor de sus hijas, empezó á padecer accidentes, á causa de los frecuentes disgustos que tenia con su su novio.

Una mañana entró Isabel trémula y azorada en casa de sus hijos.

—¿Qué sucede, madre? preguntó Pascual; porqué vienes tan descolorida y alterada?

Teresa dejó sus faenas y se acercó presurosa con una silla que ofreció á la madre de su esposo.

Isabel se sentó con desaliento y echó á llorar desconsoladamente.

—Madre! qué le pasa á V.? preguntó á su vez Teresa.

—Ay, hija! respondió la buena mujer; á mí no me pasa nada; pero tu pobre padre está desesperado.

—Pues qué ocurre? volvió á preguntar Teresa que se iba poniendo trémula y descolorida: ¡si le vimos anoche!

—José....

—Ha sacado mal número?

—El dos!

—Luego es soldado?

—Sí, hijo! prosiguió Isabel dirigiéndose á Pascual: esta es la ocasion de hacer ver que eres agradecido; es preciso que le compres un sustituto á tu hermano... es preciso... tu padre es viejo... ya ves los dos últimos hijos que le quedan son para purgatorio... Mariquita con sus eternas rabias con Colás y sus pataletas y el no querer dejar esos amores: José, en quien tenia todas sus esperanzas, soldado!.. no, eso no puede ser... y á no tener corazon de roca, no lo consentirás... porque nuestra bienhechora... la madre de Teresa lloraria, aunque está en el cielo!

—Madre, respondió Pascual; por mí, aunque nos quedemos en la calle, compro un hombre para José; pero ya ve V., Teresa... tenemos tres hijos y en víspera de otro... si ella no pone reparos, por mí está hecho.

—Ay, Dios mio! exclamó Teresa de cuyos ojos, siempre dulces y modestos, brotaban gruesas lágrimas. ¡Dios sabe lo que yo quiero á mi padre!... tan bien como se ha visto y ahora, á la vejez, pobre!.. pero yo tambien tengo hijos, y eso es quedarnos en la calle! madre, ya sabe V. que en lo que hemos podido hemos sido el paño de lágrimas de todos!.. nosotros somos pobres... para redimir á José; tenemos que vender la viña... lo último que nos queda... y la hemos comprado con los ahorros de ocho años y gracias á que este pobre ha ganado jornal y medio cada dia.

—Y tu padre? exclamó Isabel con valor; tu padre tan bueno para todos vosotros, y sobre todo para tí, que has sido siempre su ojo derecho! Ya no puede trabajar, y si le falta José, que es el que gana para los dos y para Mariquita, ¿quién le mantendrá?

—Nosotros, dijo Teresa; partiremos lo que haya; eso es muy justo.

—Eso es! y además tencis que cargar con Mariquita que tiene ese genio tan malo!.. y conmigo!.. Y sobre todo tu padre tiene que salir de *su casa*, de la casa en que ha muerto su mujer y han nacido sus hijos! ¿Sabes tú lo que es para mi viejo decir *mi casa*?

—V., madre, nos dió *la suya*, dijo Pascual con ternura.

—Yo hacia falta en otra, y esa otra era por lo mismo algo mia! pero tu padre se dirá que en todas está de sobra, que en ninguna hace falta, y se morirá!

—No se hable mas, dijo Teresa. Pascual, ve á decir al tio Romo que la viña es suya; y al alcalde al momento con el dinero; mi padre debe ser antes que mis hijos.

—Ay, hija mia! Esos hijos te pagarán algun dia lo que hoy haces! Ya lo verás.

Y la buena mujer abrazó á su nuera y corrió á consolar á Marcial.

José fué libre; pero Pascual y su familia quedaron pobres: era padre de tres hijos. Benito, el mayor contaba seis años; cinco el segundo, que se llamaba Juan, y dos la tercera, que era una bonita niña llamada Feliciana: los demás niños se habian muerto.

Pascual con el corazon alegre y la conciencia tranquila, se dispuso á trabajar de nuevo y solo una

© Biblioteca Nacional de España

cosa le entristeció durante algunos meses. El haber dado á luz Teresa á un niño muerto.

VII.

Dos años mas tarde casó José, haciendo así infructuoso el enorme sacrificio de su hermana y de su cuñado.

Quedaron solos en la casa el viejo Marcial, la anciana Isabel y Mariquita que ya tenia veinte años y era cada dia de peor carácter y de peor salud.

Conviniéronse todos los hijos en dar cada uno un poco para sostener á los tres, porque aunque cada uno por sí se hubiera llevado con mil amores á su padre en su compañía, habia dos razones para que no lo hicieran, ni lo propusieran siquiera.

La una era el temor de cada cual de cargar con Mariquita: la otra el de sacar á su padre de su casa á la que tenia tanto apego y tanto amor.

Cada noche se reunian todos en la cocina de Marcial y se formaba la tertulia al rededor del gran fogon haciéndole compañía hasta las nueve.

Otros vecinos acudian tambien: y el señor cura gustaba asimismo de echar su cuarto á espadas y pasaba muchos ratos con aquella honrada y bien unida familia.

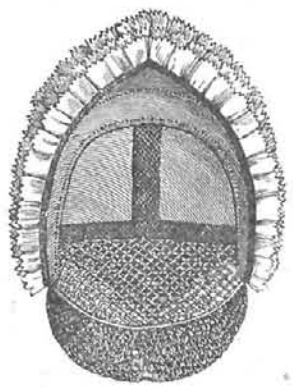
Teresa se llevaba á sus tres chicos; Benito oia la conversacion con toda la formalidad de seis años hasta que el sueño le derribaba sobre las rodillas del abuelo. Juan se dormia sobre las de su padre y Feliciana se entregaba á las dulzuras de Morfeo en las faldas de Teresa.

(*Se continuará.*)

EL ESTILO ES EL HOMBRE.

(Conclusion.)

—¿Y quién te lo ha dicho?
—La horita á que vienes.
—Pues si vengo ahora de la dehesa de Sacedon, que



INTERIOR DE LA REDECILLA.

está una legua.
—¿Y vuelves mañana?
—Antes de amanecer ya estoy andando.
—¿Y hoy fuiste muy temprano?
—Con estrellas llegué allá.
—¿Y porqué trabajas tanto?
—Toma, ya ves, mi padre es viejo, y el año pasado se empeñó en seis mil reales para librarme de cojer el chopo. Si uno que es mozo y tiene obligacion, no trabaja de firme, ¿quién ha de trabajar?
—Tienes razon.
—La que no debia trabajar tanto eres tú, que andas como una azacana todo el santísimo dia.
—Mi madre no está ya para nada, y si una no atiende á todo, ya ves tú como andará la casa.
—Es verdad; pero me duele que siendo tan guapa y tan...
—¡Anda, burlon!
—¡Sí, burlon! Rosa te llaman, pero ¡canario! el cura que te lo puso no era tonto.
—Menos lo era el que te puso á tí Angel.
—El mismo cura fué. Lo que yo quiero es que nos ponga pronto otra cosa.
—¿Y qué nos ha de poner?
—El yugo.
—¡Ay, qué vergüenza ese dia!
—Pues, chica, pronto vá á llegar.
—¿De veras?
—Hola, hola, ¿con que te alegras?
—Yo por estar siempre á tu lado.
—Y yo por estar siempre al tuyo.
—Anda, embusteron, que á tí poco te importa eso.
—Mira, Rosa, ni en broma me digas que no te quiero. Aquí me caiga muerto si no te quiero mas que á mi vida. En el campo, en el pueblo, en casa, de dia, de noche, en todas partes y á todas horas estoy pensando en tí.
—¿Y es de veras eso? preguntó amorosamente la muchacha.
—¿Que si es de veras? contestó el muchacho con voz que revelaba emocion en su corazon y lágrimas en sus ojos. Mira, que el amor de Dios y el tuyo me falten, si no es verdad lo que te digo.
—Pues lo mismo, lo mismito te quiero yo.
—Anoche me desperté llorando de rabia, porque soñé que Juan habia vuelto á darte música.
—Pues te engañó el sueño, porque Juan no ha vuelto ni volverá.
—Aunque es un cobardote y yo le dije en la plaza, delante de todos los mozos, que si volvia le habia de costar cara la fiesta, no las tengo todas conmigo.
—Pues debes tenerlas, porque si no me deja en paz porque tú le amenazaste, me dejará porque yo le dije clarito que no le queria, porque es muy bruto y porque te quiero á tí.
—Bendita sea la madre que te parió...

REDECILLA CON FANCHON.

CAPUCHA DE ABRIGO.

—La madre que me parió me está gritando ya desde la cama que basta de conversacion. Con que, adios. Toma y que vuelvas mañana.

La muchacha tiró una rosa, que sin duda se quitó del pelo, y que el muchacho cojió en el aire, pues ví su mano agitarse por cima de la tapia, como si cazara moscas al vuelo.

El balconcito y el callejon estaban un momento despues silenciosos y desiertos. Yo permanecí aun largo rato en el huerto. Lo que mi cabeza pensaba y lo que mi corazon sentia ante el amor de aquellos corazones, y ante la majestad de aquella noche y en aquella atmósfera perfumada, no lo pueden decir labios ni lo pueden describir plumas.»

III

El guardia volvió á interrumpir la lectura para decirme:

—¿Sabe Vd. que me van gustando esos muchachos?

—Lo que yo deseo, le repliqué, es que le interese á usted este otro.

El guardia continuó:

«Apenas el canto de los pajarillos me anunció á la mañana siguiente que rayaba el alba, me levanté y salí al huerto.

La mañana era deliciosisima. El huerto no me pareció tan hermoso y tan poético como me habia parecido visto á la luz de la luna; pero aun así me enamoraba, porque abundaban en él las flores y los árboles cargados de frutas y las sombrías enramadas.

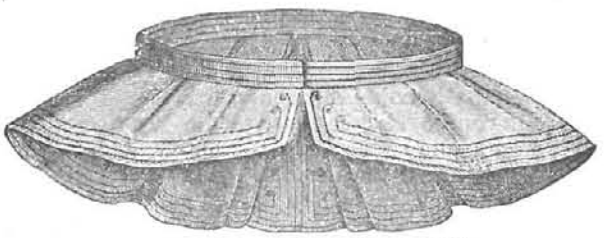
Aspirando el olor de las flores, gustando las frutas y mirando hácia el balconcillo de la casa contigua por ver si veia asomar por él á Rosa, pasé una hora que se me hizo un minuto.

No sé porqué tenia viva curiosidad de ver á aquella muchacha que tan hermosa me habia parecido cuando no la veia.»

El guardia se sonrió maliciosamente como repitiendo: ¡si digo que le veo á Vd. venir! pero un gesto de impaciencia mio le hizo continuar:

«Cuando yo estaba mas embelesado en la contemplacion del jardin, entró en este Juan con una carta en la mano.

—Buenos dias, don Antonio.
—Buenos dias, Juan.
—¿Qué tal, se ha descansado?
—Perfectamente. ¿Y tú?
—Yo, *donde* que eché al jinojo á la Rosa, duermo co-



FALDETA DEL CORPIÑO DE CACHEMIRA.

mo un marrano. Y hago bien, canario. El que se dá malos ratos por las mujeres, es un tonto, que todas son unas tales...
—Todas no, Juan.
—Todas, todas.
—¿Tambien tu madre?
—¡Mira que salida! Mi madre no es mujer.
—¿Pues qué es?
—¡Toma! esa es mi madre.

Esta contestacion me reconcilió un poco con Juan, que si generalmente carecia de instintos delicados, no carecia de los del amor filial.

—¿Sabes que vuestro jardinito es una joya?
—Eso dice mi madre; pero á mi mejor joya me pareceria media docenita de onzas que se podian sacar de él vendiéndole.
—Con ningun dinero se pagan estas flores y estos árboles cargados de fruta...
—*Teniendo* dinero hay á manta flores y fruta en la plaza.

No repliqué á Juan, porque me pareció inútil explicar la teoría de lo bello y lo delicado á quien no lo habia de comprender.

—¡Ah! que ya se me olvidaba, dijo Juan dándome la carta que traia en la mano. Tome Vd. esta carta de Madrid, que es para Vd.

Iba yo á abrir la carta cuando se abrió el balconcito de la casa contigua y se asomó á él Rosa, que al dirijir la vista al jardin se puso tan colorada como sus tocayas, no sé si porque vió á un desconocido, que era yo, ó porque vió un conocido que era Juan, y se apresuró á volverse dentro.

Rosa era tan linda vista á la luz del sol, como vista á la luz del corazon; rubia, blanca, sonrosada, de ojos azules, de fisonomía dulce y expresiva, parecia mas bien una de esas delicadas flores que brotan tímidamente bajo las hayas y los abetos del setentrion, que una de esas flores lozanas que desafian á los rayos del sol bajo las palmas y los olivos del mediodia.

—¡Haces bien en quitarte del medio,

© Biblioteca Nacional de España

hija de una cabra! exclamó Juan al verla desaparecer del balcon.

—Hombre, ¿porqué tienes tan mala voluntad á esa pobre chica?

—Porque ha hecho la *marranada* de darme calabazas.

—Harias tú mérito para ello.

—No, señor, que me las dió porque no me gustan monadas como á ella.

—¿Y qué monadas son esas?

—Toma, esas cosas de novela que le gustan á ella, la tonta. Las *presonas* han de ser naturales.

—Pero es que las personas de novela, naturales son tambien, si las novelas no son malas.

—En fin, don Antonio, para que vea Vd. que no podiamos hacer buenas migas esa chica y yo, le he de enseñar á Vd. una carta que me escribió un dia y lo que yo le *contesté*.

—Bueno, bueno; pero antes voy á ver lo que me dicen en esta otra.

—Corriente. Mientras tanto voy á ver si encuentro la que ella me escribió y la copia de la que yo le puse, que quiero que Vd. las vea.

Juan me dejó solo en el jardin.

La carta que me habia entregado era del editor de un periódico literario de Madrid, que me pedia con la mayor urgencia *un cuentecillo* inédito. Como casi todos mis cuentos se han escrito con la urgencia con que escribo este, urgencia de que Dios libre á los que escriba en lo sucesivo, no me pareció imposible satisfacer los deseos del editor, y me puse á pensar el cuento que habia de empezar *inmediatamente*.

Juan vino á interrumpir mi meditacion trayendo unos papeles en la mano. Iba á decirle que me dejara en paz por algunos instantes, pero no lo hice considerando que tal vez aquellos papeles me proporcionarian asunto para el cuento que se me pedia.

—Aquí tiene Vd. los *decumentos* consabidos. Esta es la carta de esa mona. Léala Vd., que le dará mas sentido que yo.

La carta de Rosa, falta de ortografía, pero escrita en letra redonda y poquísimo rasgueada, y en papel aunque *no muy fino, muy blanco y sin adorno ninguno*, empazaba así:

«Juan: no vuelvo á salir al balcon si al darme música desde tu jardin cantas coplas malas.»

—¿Y qué coplas eran las que tú cantabas, que le parecian malas á Rosa?

—¡Je, je, je! me contestó Juan riendo brutalmente. Coplas con mas sal y mas gracia que el mundo. Unas hablando mal de las mujeres, como esta:

Si la mar fuera de tinta,
Y el cielo fuera papel,
Y los peces escribanos
Y escribieran á dos manos,
No escribieran en cien años
La maldad de una mujer.

Y otras picantillas como aquella que dice:

Una niña fué á lavar
Un par de medias azules...

—¡Basta, basta! interrumpí á Juan, y continué la lectura de la carta de Rosa.

«Esta mañana he encontrado rota la *jaula que dejé anoche colgada en* el balcon, y muerto el pobrecito canario que estaba en ella, y hecho pedazos el tiesto de claveles que estaba debajo de la jaula. Tú me dijiste el otro dia que en cuanto te casaras conmigo, los claveles iban á ir á la calle y el canario al gato, y por eso presumo que eres tú quien ha hecho el destrozo á pedradas. Mira, si supiera de cierto que eras tú, no volvia á mirarte á la cara, que el que lo ha hecho debe tener muy mal corazon.»

El guardia volvió á interrumpirse:

—Dicen que el estilo es el hombre; pero tambien se puede decir que *el estilo* es la mujer.

—¿Porqué?

—Toma, por lo bien retratada que está Rosa en esta carta.

—Pues qué, ¿conoce Vd. á Rosa?

—La conozco por su conversacion con Angel que usted ha copiado aquí.

Decir á un escritor de costumbres que *copia* conversaciones *es echarle un gran piropo*.

La vanidad me impidió esta vez incomodarme por la interrupcion del guardia.

El guardia continuó:

—¿Y fuiste tú, pregunté á Juan, quien hizo aquel destrozo?

—Ya lo creo que fuí. Mire Vd., don Antonio: así que calculé que la Rosa y su madre estaban ya en lo caliente, cojo un par de cantos, y *dende* aquí *mesmo*, catapluin, al primer cantazo aplasto pájaro y jaula, y del segundo tiesto y claveles se fueron al jinojo.»

—*Hombre*, dijo el guardia interrumpiendo nuevamente la lectura, quisiera que me trasladasen al puesto de Navalcarnero para atar corto á ese mozo.

—Ya está atado.

—¿Cómo?

—Siga Vd. leyendo y lo sabrá.

El guardia siguió leyendo.

—«¿Y porqué hiciste tal barbaridad?

—Toma, porque ya le digo á Vd. *que* me cargan esas monadas de pajaros y flores que le gustan tanto á la Rosa.

—Y á tu padre le gustaban tambien como nos gustan á tu madre y á mí.

—Pues mire Vd., don Antonio, y Vd. ha de perdonar, yo soy muy natural...

—Tambien son naturales las flores y los pájaros.

—Cá, hombre, si esas son cosas de novela.

—Este mozo, dije para mí, vá á pegar un estallido de puro bruto.

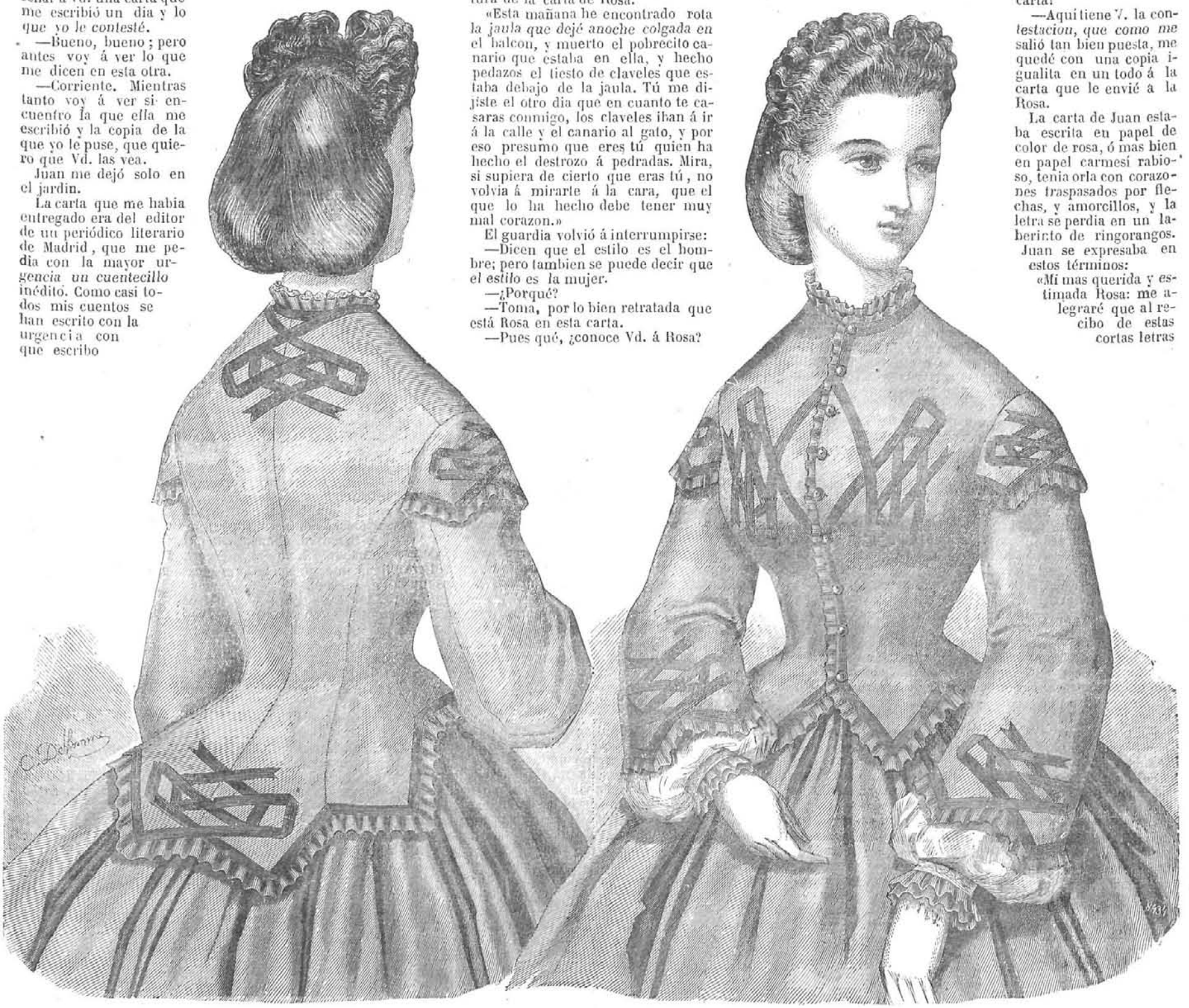
La carta de Rosa contenia algunas líneas mas en que la pobre niña se quejaba con deliciosa sencillez de otras barbaridades de Juan.

—Vamos á ver, dije á este, ¿qué contestaste tú á esta carta?

—Aquí tiene V. la *contestacion, que como me* salió tan bien puesta, me quedé con una copia igualita en un todo á la carta que le envié á la Rosa.

La carta de Juan estaba escrita en papel de color de rosa, ó mas bien en papel carmesí rabioso, tenia orla con corazones traspasados por flechas, y amorcillos, y la letra se perdia en un laberinto de ringorangos. Juan se expresaba en estos términos:

«Mi mas querida y estimada Rosa: me alegraré que al recibo de estas cortas letras te halles con la mas cabal salud que yo para mí deseo; la mia es buena para lo que gustes mandar, que lo haré con mucho gusto y fina voluntad. Esta solo se dirije para *decirte que me dá la gana cantar coplas* hablando mal de vosotras las mujeres, porque todas sois unas... (Juan me dijo de viva voz la insolencia que no se habia atrevido á estampar en la carta, y habia suplido con puntos suspensivos.) Yo fuí quien anoche de dos cantazos te mató el pájaro y te rompió el tiesto de claveles, y *dende* ahora te digo *pa* que no te coja de susto, que cuando nos casemos te he de romper la cabeza como anoche rompí el tiesto y la jaula, si andas con esas monadas, que ya sabes que yo soy muy natural. Si me quieres así, bueno, y si no lo dejas, que yo tengo á porrillo mozas mas guapas que tú con quien hablar. Con que adios, que nos vamos otros y yo al ventorrillo del puente, á ponernos de jamon y vino hasta que lo alcancemos con el *deo*, que eso es lo positivo, y lo demás es tonterías de novelas. Con esto no te canso mas. Manda cuanto gustes á tu querido amante.—JUAN PANTOJA.»



CORPIÑO-CHAQUETA, VISTO POR DELANTE Y POR DETRAS.

© Biblioteca Nacional de España

Nueva interrupcion del guardia civil:

—¿Ve Vd., don Antonio (si el guardia añade á mi nombre mi apellido, grito: «sean Vds. testigos de que este guardia reconoce que soy Fulano de Tal»), vé usted como tengo razon en decir que el estilo es el hombre? ¿Habrá quien pueda decir que en el estilo de esta carta no está retratado el zamarro que la ha escrito?

Como el zamarro que la habia escrito era yo, hice un gesto de condenado, y el guardia siguió adelante creyendo que aquel gesto era de disgusto por su nueva interrupcion.

—«¡Je, je, je! ¿verdad que está bien puesta la cartita esa? me preguntó Juan cuando acabé de leer aquella brutal epístola.

Quise poner de vuelta y media al pedazo de animal que la habia escrito (¡pues ya lo iba yo componiendo!) pero consideré que si predicar á malos puede hacer arrepentidos, predicar á brutos solo puede hacer enemigos, y lo único que procuré fué alejar á Juan para que me dejase idear el cuento que al dia siguiente me era indispensable enviar á Madrid.

IV.

Al anochecer de aquel mismo dia tenia yo completamente trazado en la imaginacion el cuento que iba á escribir. El cuento se habia de titular *Los dos rivales*, habia de pasar en Navalcarnero mismo: la heroina se habia de llamar Rosa, el amante afortunado Angel, y el amante desdeñado Juan.

Para que haya verdad en las obras del arte, conviene tomar por modelo á la naturaleza é imitarla hasta donde las prescripciones del arte lo permitan. Sabiendo que esta es mi opinion, se comprenderá porqué habia yo adoptado para mi cuento la localidad y los nombres que dejo consignados.

Mientras la señora Claudia preparaba la cena y venia Juan á casa, salí á dar una vuelta por la villa, aprovechando aquel paseo para acabar de redondear en mi imaginacion el plan del cuento.

Al pasar por una callejuela oscura, ví á Juan al pié de una reja, y me pareció que estaba como receloso y sobresaltado, pues con frecuencia volvia la cara como temiendo que alguien le viese allí ó alguien fuera á disputarle aquel puesto.

Cuando volví á casa despues de recorrer el pueblo, encontré ya en la puerta á Juan que acababa de llegar.

—Hola, Juan, le dije, se viene de pelar la pava, ¿no es verdad?

—¡Je, je, je, cá, no señor!

—Si te he visto yo muy pegadito á una reja...

—¿De veras me ha visto Vd.?

—¡Vaya si te he visto!

—¡Buen lance hubiera sido que me hubiera visto otro!...

—¡Juan, no seas calavera!...

—Qué quiere Vd., don Antonio, por una buena chica algo se ha de arriesgar.

—Pero qué, ¿hay riesgo en hablar con la de la callejuela?

—¡Canario si hay!

Juan se acercó á mí y añadió en voz baja:

—La chica con quien me ha visto Vd. hablando tiene un novio que le pega una puñalada al lucero del alba. Como que el tal ha estado ya en presidio por una muerte que hizo en Brunete.

—Pues entonces, ¿porqué hablas tú con su novia?

—Porque ¡canario! es una chica que si Vd. la viera... hombre, se quedaba Vd. lelo.

—Buena alhaja será cuando tiene relaciones con un licenciado de presidio, y además gasta conversacion con otro mozo.

—Toma, porque es mujer para todo. Mas natural y mas... Lo mismo le dá á ella beberse una azumbre de vino y comerse medio cabrito que á Vds., los señoritos, tomarse una jícara de chocolate.

—¡Juan, por Dios, no tengas relaciones con esas mujeres!

—Pero, hombre, si á mí me gustan las que son así, naturalotas...

La señora Claudia interrumpió nuestra conversacion, avisándonos que ya estaba la cena en la mesa.

Cenamos y en seguida me retiré á mi cuarto á escribir despues de echarme al cuerpo una taza de café, que es con lo que obsequio á mis nervios cuando necesito su colaboracion.

Mis pobres nervios se portaron aquella noche, pues cuando los vecinos de Navalcarnero contaban las cinco de la mañana, yo contaba las últimas aventuras de *Los dos rivales*.

Poco despues de amanecer, Juan notó que yo estaba levantado y entró en mi cuarto.

—¡Hola, hola, cómo se madruga!

—Como que no me he acostado esta noche...

—¡Qué! ¿anda Vd. con prisas?

—Sí. Eso tenemos de malo los que escribimos, que unas veces mucha prisa, y otras...

—A ver, á ver, qué tal escribe Vd...

Juan examinó las cuartillas manuscritas que tenia yo sobre la mesa, é hizo un gesto desdeñoso.

—¡Qué! ¿no te gusta mi letra?

—Usted ha de perdonar, don Antonio, que yo soy muy natural. Por debajo de la pata escribo yo mejor que Vd. á pesar de que anda siempre entre librotes.

—Tienes razon que tengo muy mala letra.

—Y entonces, canario, ¿de qué le sirven á Vd. los estudios? Bien digo yo que las cosas han de ser naturales.

En aquel instante me ocurrió que Juan, á pesar de ser tan bruto, me podia ser muy útil.

Siempre habia dado yo á la imprenta el original de mis cuentos sin quedarme con copia alguna. A esta falta de precaucion debia el habérseme perdido uno, que con el título de *Puerta cerrada* entregué á un editor, y á este se le extravió, con detrimento de sus intereses, pero con mayor detrimento de los del autor, que no consisten, como los del editor, en un puñado de duros mas ó menos.

Esta pérdida me hizo tomar la precaucion de quedarme con copia de mis escritos, y me ocurrió que Juan podia ir copiando el cuento que yo escribia, para no perder tiempo.

—Mira, Juan, le dije; vé copiando estas cuartillas mientras yo escribo las que faltan.

—Corriente, me contestó Juan muy satisfecho con aquella prueba de confianza que le proporcionaba ocasion de darme una leccioncita caligráfica. Ya verá usted como los paletos *semos* mejores escritores que los *madriliegos*, á pesar de que Vds. se tienen por unos sábelotodo.

Regalé á Juan un cigarro puro, del que picó para uno de papel, le dí papel fino para que abultase poco la carta en que habia de ir á Madrid la copia del cuento, y Juan puso manos á la obra, siguiendo con los movimientos de su boca los formidables rasgos y floreos de su pluma.

Cuando ví que separaba la primera cuartilla copiada, fuí á examinarla y me encontré con que estaba llena de desatinos.

—Juan, esto no puede pasar.

—¿Y porqué?

—Porque en cada renglon hay diez disparates.

—Los disparates serán de Vd., que no mios, me replicó Juan muy picado.

—Justo, porque mi letra se lee muy mal.

—*Velay usted*, porqué digo yo de qué les sirven á Vds. los señores los estudios...

—Nada, nada, déjalo Juan, y no escribas.

Y fuí á rasgar la cuartilla copiada por Juan.

—Demonche, ¿qué vá Vd. á hacer? exclamó Juan arrebatándomela de las manos.

—A rasgarla, porque no sirve.

—¿Cómo que no sirve? Este papel es muy rico para cigarros. Con la escritura están los cigarros mejor, que así parecen pintados.

Y Juan, haciendo la cuartilla tres dobleces, se la guardó en el bolsillo.

Faltóme tiempo aquel dia para sacar copia del cuento, y no queriendo dejar de enviar este inmediatamente á Madrid, ni confiar al correo el único ejemplar, que podia perderse como el de marras, me vine á Madrid para entregárselo yo mismo al editor.»

—¡Caramba, qué lástima, cuánto decae aquí el interés de este cuento! dijo el guardia civil. ¡Si al menos dijera Vd. qué fué de Rosa y Angel que eran tan buenos muchachos!

—¡Por Dios, hombre, siga Vd. leyendo, que me tiene Vd. frito con esas interrupciones!

—¡Tenga Vd. calma, hombre, tenga Vd. calma!...

—Acabe Vd. con mil santos, que tengo el alma en un hilo.

—¿Y porqué?

—¡Otra te pego, Anton!... Siga Vd. leyendo y lo sabrá.

Con esta advertencia dí al cuento, á los ojos del guardia, el interés que iba perdiendo y el guardia continuó la lectura con mas avidez que antes:

«Mucho tiempo despues de mi viaje á Navalcarnero, recibí una carta de aquella villa. Quien me escribia era la señora Claudia que me decia lo siguiente:

«No sé si habrá Vd. sabido la desgracia de mi pobre hijo. Yo, desde que ocurrió he estado tan mala y tan trastornada, que no he tenido valor ni cabeza para participársela.-Mi pobre Juan apareció una noche asesinado de una puñalada, en una callejuela, tres dias despues que Vd. se fué, y por un papel que se le encontró en el bolsillo, escrito todo de su letra, y dictado por él mismo, que lo ha conocido el señor juez, pues dice que el estilo es el hombre, y por las declaraciones de otros mozos que oyeron al asesino amenazarle, se sabe que le asesinó Angel, el novio de la Rosa que habia sido antes novia de mi hijo. Yo no solo he perdonado al asesino, porque el Señor nos manda perdonar á nuestros mayores enemigos y porque su familia y su novia son muy buenas, sino que daria mi vida por librarle de la muerte á que le han condenado. Él jura y perjura que es inocente; pero las pruebas de su delito son tan infalibles, que la audiencia de Madrid ha confirmado la sentencia del juez de aquí, ¡y mañana le ponen en capilla! ¡Ay! ¡don Antonio de mi alma, qué dolor tan grande para todo el pueblo y para su pobre padre y su novia, que se morirán de pena y de vergüenza! Como recuerdo lo que Vd. hizo por nosotros en el consejo provincial, le suplico á Vd. por María Santísima que se eche á los piés de la reina, que tiene el alma tan compasiva y tan hermosa, y le pida la salvacion de este infeliz. Decia el papel que se encontró á mi pobre hijo, que no tiene de ángel mas que el nombre; pero yo, á pesar de que me avergüenzo de no aborrecer con toda mi alma y todo mi corazon al asesino del hijo de mis entrañas, no puedo aborrecerle del todo. Será porque siempre le quise como á mi propio hijo, ó yo no sé porqué será. El señor cura á quien, creyéndolo un gran pecado, he confesado que no tenia fuerza para aborrecer al que ha derramado mi sangre, me ha dicha que lejos de pesarme, debo dar gracias á Dios por ello y que tal vez el Señor lo dispone así, para salvar á un inocente. Cuando Vd. reciba esta carta, que no sé si entenderá, pues tengo muy mala letra y la escribo con los ojos ciegos de lágrimas, ya estará Angel en la capilla, ¡y qué angustia, señor, qué angustia tan grande será la de su alma y la de todos los que le queremos! Por Dios haga usted cuanto pueda por salvarle la vida, que se lo pido á Vd. por la gloria de su madre!»

Al guardia se le saltaron las lágrimas al leer esta carta.

—Vea Vd., me dijo, si está retratada en esta carta la señora Claudia, como la pudiera retratar el mejor fotógrafo. Insisto en que tambien se puede decir que el estilo es la mujer.

Como el guardia leia en alta voz, tambien aquella carta me habia conmovido y me habia devuelto la agitacion y la impaciencia que me atormentaban cuando el guardia me detuvo.

El guardia, para quien el cuento habia adquirido gran interés, se apresuró á continuarle, ansioso de saber si yo habia salvado á Angel.

Yo no necesitaba mas pruebas que esta carta, para saber que Angel era inocente de la muerte de Juan. El papel que la señora Claudia me decia haberse encontrado sobre el cadáver de su hijo, era la primera cuartilla de mi cuento *Los dos rivales*, que Juan se guardó para hacer cigarros; era una página de un diario en que uno de los rivales llamado Juan, como el hijo de la señora Claudia, de lenguaje é inclinaciones vulgares, decia:

«Angel le llaman á mi rival; pero de ángel no tiene mas que el nombre. Me ha amenazado con que me hará y me acontecerá, y tengo que andar con mucho *cuidiao*, porque si no, á la vuelta de una esquina me desbandulla.»

El que habia asesinado á Juan era el licenciado de presidio, con cuya novia ví hablar á Juan la víspera del asesinato.

No necesitaba pues yo acudir á la inagotable clemencia de la reina para salvar á un inocente, y quizá para hacer que cayera la cuchilla de la ley sobre el cuello de un asesino: me bastaba presentar al juzgado de Navalcarnero un número del periódico en que se publicó uno de mis cuentos y dar una declaracion.

Y tomé apresuradamente el camino de Navalcarnero, seguro de que de mi viaje dependian la vida y la honra de dos familias inocentes y honradas y el castigo de un gran criminal.»

—¿Y llegó Vd. á tiempo? me preguntó el guardia con ansiedad.

—De Vd. depende el que llegue.

—¡Pues corra Vd., corra Vd. sin detenerse, *señor Trueba*! exclamó el guardia empujándome hácia adelante, como si quisiera con el impulso de su voluntad hacerme salvar las dos leguas de camino que me faltaban.

—Deme Vd. el cuento, le dije.

Cuando Vd. vuelva le daré una copia, que el original tiene que quedarse aquí como comprobante de que *es Vd. quien es*.

V.

En efecto, cuando llegué á Navalcarnero, Angel estaba en capilla y todo el pueblo consternado.

Lo primero que hice fué aliviar la angustia del pobre sentenciado asegurándole que tenia confianza en su salvacion.

Con el periódico en que se habia publicado con mi firma, tres dias antes del asesinato, el escrito que se encontró al asesinado, destruí una de las pruebas que mas comprometian á Angel.

Con mi declaracion de lo que Juan me habia revelado, hice que se prendiera al verdadero asesino que confesó de plano su crímen.

Angel fué puesto inmediatamente en libertad, y yo accedí á permanecer una temporada en Navalcarnero, donde era objeto de las mayores atenciones y obsequios.

La señora Claudia tenia un hijo y un protector en cada vecino, y particularmente en Angel y en Rosa; pero la pobre estaba muy triste, porque no podia olvidar á su hijo, y la soledad de su hogar la mataba.

Angel y yo paseábamos un dia por la plaza precisamente la víspera de la boda de Angel con Rosa, á la que por supuesto estaba yo convidado, cuando vimos venir á la señora Claudia corriendo, llorando y gritando como una loca:

—¡Mi hijo!... ¡mi hijo!... ¡ya tengo hijo!... ¡gracias, Dios mio!... ¡gracias, Vírgen santísima!

Angel y yo creimos que habia perdido el juicio, y nos apresuramos á correr á su encuentro.

La pobre mujer se arrojó á nuestros brazos, y entonces supimos que el hijo de quien hablaba era Pepe, el que lloraba perdido hacia tantos años. Pepe que acababa de llegar de la Habana casi rico, jóven, hermoso, dispuesto á amparar y hacer dichosa la ancianidad de su madre.

Pocas veces he sido tan feliz como el dia que asistí á la boda de Angel y Rosa, por la sencilla razon de que pocas veces he presenciado tanta felicidad como la que presencié aquel dia.

Al siguiente tomé el camino de Madrid y me detuve en Móstoles para recojer la copia del cuento que me hizo escribir el guardia civil.

El guardia civil me esperaba con impaciencia, porque deseaba le contase con todos sus pormenores el resultado de mi viaje á Navalcarnero. Complacíle gustoso, porque entonces no me impacientaba y afligia la imágen de un inocente próximo á espirar en un afrentoso patíbulo.

—¿Y qué vá Vd. á hacer de ese cuento, que tanto em-

© Biblioteca Nacional de España

peño tiene en recojerle? me preguntó al darme la copia que me tenia preparada.

—Voy, le contesté, á convertirle en pan.

—¿Es decir, en dinero.

—Si, señor.

—Hombre, me ocurre una cosa (y Vd. perdone si es una tontería, pues de ningun modo trato de ofender á usted); Vds. los que necesitan sentir para crear, venden sus creaciones, y me parece á mí que tiene algo de innoble el vender aquello en que ha tomado parte el alma, aquello que se ha formado con lágrimas de los ojos y latidos del corazon.

—En Francia, repliqué, se suelen vender las lágrimas y los latidos del corazon, y de ello puede responder el mulato Alejandro Dumas, que ha comprado las lágrimas y los latidos con que se formaron muchas de las creaciones que han pasado por suyas; pero en España, á Dios gracias, no sucede hasta ahora eso, porque el autor conserva latidos y lágrimas al pié de su creacion en una cajita que tiene la forma siguiente:

ANTONIO DE TRUEBA.

UN AÑO DE MATRIMONIO.

POR

EMILIA CARLEN.

(Continuacion.)

Lavinia en cuanto se vió sola abrió la carta, cuyo contenido era el siguiente:

«Comprendiendo por la acojida que me habeis hecho ayer que todo está concluido entre nosotros; que nada puede seros mas penoso que mi presencia, ni mas grato que mi ausencia, he resuelto alejarme, y bajo este concepto parto quince dias antes de lo que habia contado. Una vez levantado el campamento volveré á Rosenborg, pues entonces ya no tendremos que soportar juntos ese aislamiento que os es tan pesado. De allí escribiré á Rodolfo para repetirle mi convite.

» HERMAN DE ROSENNBORG.»

—¡Y ni una palabra de cariño, ni una palabra de sentimiento! ¡Ah! si, todo está concluido entre nosotros.

Y volvió á caer sobre un almohadon diciendo:

—¡Otro mes y medio sin él!

XX.

Por acostumbrada que estuviese Lavinia á bastarse á sí misma y á pesar de los goces que encontraba su viva imaginacion en el espectáculo de la naturaleza que se despertaba á la vida bajo el influjo de la primavera, no podia menos de sentir una tristeza insuperable, un enojo sin causa del que ninguna cosa podia triunfar, y en en cuyos accesos el recuerdo de su marido acudia siempre á su mente como el remedio infalible de aquella languidez moral que la aquejaba. En esos instantes era ella un mejor defensor de sus derechos y de sus méritos que habria podido serlo el mismo coronel. Por fin tomó la resolucion de aclarar de una vez las relaciones que habia sostenido con María.

Lavinia estaba dotada de una naturaleza resuelta, siempre pronta á cumplir lo que habia concebido su espíritu y aprobado su conciencia. Apenas decidió dar este paso, se puso en camino. Era una tarde, y el sol á punto de desaparecer alumbraba las casas de Kulm. Lavinia, *reconoció la vivienda de María, y su corazon palpitaba* con la idea de que allí se encerraba el enigma cuya solucion anhelaba hacia tanto tiempo.

Reflexionó un instante, pero no vaciló, pues si ella misma no aclaraba sus tinieblas nunca se aclararian. Tenia delante la casa levantada sobre una verde colina y adornada con dos manzanos en flor; sobre el césped que la precedia estaban sentadas la madre hilando con rapidez, y la hija trabajando en un bordado.

Cuando las dos mujeres distinguieron á Lavinia se levantaron á un tiempo, y la anciana, que á pesar de su mucha sencillez tenia un alma delicada y un tacto exquisito, salió al encuentro á la esposa del coronel adivinando quién era, pues no la habia visto nunca; la reconoció por su hermosura que habia oido ensalzar muy á menudo.

—Creo conoceros, dijo la viuda con una afabilidad respetuosa y haciendo puesto á Lavinia en el banco que acababa de dejar, aunque nunca nos hayamos visto, pues por do quiera habia reconocido yo á la esposa de nuestro querido coronel.

—*Os suplico que no os incomodeis*, señora, dijo Lavinia con un acento armonioso.

Y añadió para sí:

—No se mostraria así á mis ojos la madre de su querida.

Pero entonces se volvió á mirar á la que un recelo involuntario la designaba como rival suya, é instantáneamente las ideas tumultuosas de sus momentos mas turbados se agolparon en su cerebro. María estaba delante de ella, no solo pálida, tan pálida como ella no haba visto á nadie en el mundo, sino como trasfigurada, como inmovilizada por un sentimiento mas doloroso que los que provoca la agitacion.

—María, saca algun refresco á esta señora, dijo la viuda.

María se levantó y entró en la casa, adonde la siguió la mirada de Lavinia.

—Mi querida señora, prosiguió la madre bajando la voz y cuando su hija hubo desaparecido, es preciso tener algunas consideraciones con una pobre mujer que ha cometido la falta de mi hija. No es su menor castigo el descubrir, aun en la mirada mas benévola, el desprecio y la aversion. Mucho tiempo trascurrirá sin duda antes de que mi pobre María pueda ver un rostro extraño sin sentir una turbacion invencible.

—Podria pensar que yo...

—¡Oh! no cree nada que os acuse, pero está muy cortada. ¿Cómo podria dudar de vuestra bondad recordando que cuando el desprecio de todo el mundo la señalaba con el dedo y la acusaba, vos la ofrecisteis un puesto á vuestro lado? Quizá eso mismo la pone mas confusa.

—¡De todo el mundo! repitió Lavinia, como si su atencion se hubiese detenido en medio de la frase de la anciana; no, seria injusto afirmarlo.

—Teneis razon, él la saludó. Ah! Es verdad que el coronel siempre se ha mostrado con ella indulgente y misericordioso: nunca ha cesado de tratarla como á una hermana.

—Recuerdo haber oido hacer á mi marido grandes elogios de vuestra hija.

—Si, es de esos pocos amigos que permanecen fieles en la desgracia. Mi pobre marido habia tenido la felicidad de comenzar la educacion del coronel, y desde entonces el afecto mas cordial subsistió siempre entre ellos; y aun cuando M. de Rosenborg dejó esta tierra para *viajar por toda Europa, nunca nos olvidó; al volver aquí* seis meses antes de su casamiento juró á mi marido que si moria no abandonaria jamás á María ni á mí, y ha cumplido su palabra, señora: él nos ayudó á comprar esta pequeña finca, donde pasamos largo tiempo antes de nuestra horrible desgracia, y ni aun entonces quiso abandonarnos.

—Y jamás lo hará, exclamó Lavinia con conviccion, y si la falta todo el mundo, vuestra hija tendrá en el amor de su madre y en el afecto de su amigo un desquite suficiente para consolarse de todo.

—Sí, á Dios gracias, ella lo conoce y apenas echa de menos á sus antiguos amigos, puesto que la ha quedado el mejor de todos ellos. Por esto cuando tiene una hora de libertad y la viene á pasar con nosotras, nos consideramos bien felices. ¡Qué corazon el suyo! Ay! Señora, vivis con él hace muy poco tiempo para saber lo que vale; pero yo que le he conocido siempre, digo con certeza y conviccion, que la mujer que lleva su nombre es dichosa entre todas las mujeres.

—Sí, respondió Lavinia aprovechando al vuelo la ocasion *que la conversacion la deparaba*, y *sin embargo, ni* él tampoco ha podido libertarse de la calumnia.

—Un ángel que enviara Dios á la tierra no se libraria de ser calumniado, ¿cómo se libertará pues un hombre pecador? Y luego el coronel tiene defectos que han herido á mucha gente; no le perdonan su reserva y su frialdad y le calumnian.

—Me comprende, pero no quiere explicarse, pensó Lavinia. Oh! ¡si pudiera granjearme su confianza!

Y la jóven pensaba en el modo de alcanzar su objeto, pues por sencilla que pareciera aquella anciana, era imposible hacerla decir lo que queria callar.

Por fin apareció María con los refrescos sobre una bandeja; pero al punto que su mirada encontró la de la mujer del coronel, la nube que ya la habia velado se mostró de nuevo, y su mano tembló tan fuerte, que tuvo que dejar en el suelo la bandeja.

Hubo una pausa. Lavinia comprendiendo que la urbanidad exijia que ella rompiera el silencio, dirijió algunas preguntas á la jóven, sin obtener mas que respuestas breves y confusas. Entonces comprendió que no la quedaba *ya ningun pretexto para prolongar su visita*, y levantándose quiso despedirse; pero la viuda se ofreció inmediatamente á acompañarla, y Lavinia se apresuró á salir con ella.

Al principio su conversacion versó acerca de cosas insignificantes. Lavinia observó en la anciana un criterio y una delicadeza que llamaron su atencion; al llegar al riachuelo que atravesaba el Rosenborg, la viuda se detuvo exclamando:

—¡Oh! creo ver al coronel cuando de vuelta del campamento se pasee con su esposa por este rio en la barca que ha comprado. ¡Cuán feliz será! Recuerdo, señora, que durante vuestra ausencia nos hablaba todas las tardes de vuestro regreso, y aun me hace sonreir el gozo que demostraba cuando vió su embarcacion; la víspera de vuestra llegada, María y yo extrañábamos su viveza, porque ordinariamente es hombre muy pausado; así hemos sentido mucho que haya tenido que marcharse.

¡Qué alegría tan profunda hicieron penetrar estas palabras en el corazon de Lavinia! ¡Qué peso la quitaron! Bendecia á la anciana, que sin pensar habia disipado con tal *delicadeza* sus celos. *En efecto*, Hermann jamás se habria expresado delante de su querida en términos semejantes; nunca la habria hablado de las distracciones que preparaba á su mujer; una antigua pasion no habria podido nunca trasformarse en una amistad tan confiada.

Y sin embargo, ¿cómo habia sido recompensado de tantas atenciones? ¿Qué gracias habia obtenido? ¡Ah! El recuerdo de su ingratitud emponzoñaria el corto tiempo que debia ser la dueña del Rosenborg.

Lavinia dejó á la viuda estrechando sus manos con efusion, y sus últimas palabras fueron estas:

—Estoy segura de que nos veremos.

A pesar de esto, no quiso volver á aquella casa antes de saber lo que pensaria Hermann de sus visitas.

El tiempo iba pasando y se acercaba el fin del mes de junio. Por fin amaneció el dia en que debia llegar su hermano, y ¡cosa singular! se sentia abatida y triste. Casi la parecia que no tenia derecho de recibir á sus amigo en el Rosenborg, que al cabo y al fin era una casa extraña para ella. Y sin embargo, él mismo coronel habia escrito á Rodolfo convidándole con el mayor empeño; por consiguiente, al recibirlos cumplia con uno de los deseos de su esposo, pero de todos modos, á pesar de esta idea, á pesar de la alegría que la causaba el volver á ver á su hermano, se vió en la precision de contener sus lágrimas cuando la anunciaron que asomaba un coche desconocido por la avenida del Rosenborg, y tuvo que contenerlas pronto, pues ya se oia el ruido de las ruedas; un minuto mas, y el coche se paraba en el peristilo; Lavinia se pasó la mano por los ojos y bajó lentamente la escalera para ir á recibir á sus huéspedes.

XXI.

—Lavinia, mi querida Lavinia, estoy hechizada, enajenada, entusiasmada con tu precioso castillo; pero confieso que por poco me desmayo al atravesar las espantosas montañas que le cercan. ¡Ah! Rodolfo, Rodolfo, no saltes tan locamente, has tropezado al querubin... Y me arranca la cinta de mi vestido... ¿No se han acabado los abrazos, ó me vas á tener en el coche hasta mañana? Rodolfo, ¿te has vuelto sordo y mudo? ¿No me ayudas á apearme?

Por la voz de Julia, por sus palabras imperativas, por sus megillas florecientes era fácil ver que no la quedaba de la enfermedad otra cosa que los caprichos.

—*Perdóname*, ángel mio.

Y despues de haber estrechado otra vez mas á Lavinia sobre su corazon, el jóven corrió á ayudar á su esposa á saltar del carruaje.

Lavinia se acercó tambien.

—Dadme el niño y podreis bajar mejor, la dijo muy afable.

—¡Oh! mi querida Lavinia, me cuesta mucho trabajo separarme de él, aun cuando no sea mas que un minuto; sin embargo, tomadle. Por amor de Dios, tened cuidado, no le apreteis mucho; ¿no es verdad que es hermoso como un ángel? Pero es tan pesado que yo me mato con su carga.

—¿Y la niñera no puede tenerle un poco? se aventuró á decir Lavinia.

—¡Oh! mi querida hermana, exclamó la jóven meneando la cabeza y arrebatando su hijo á Lavinia, bien se conoce que no sois madre. La criada se ocupa poquísimo de este angelito, porque á mi tan dulces deberes no me cuestan trabajo. Pero Sofía, ¿dónde estais siempre corriendo? Venid pues y tomad el querubin, paseadle por la antesala para que se refresque; ¡Dios mio! ¡está ardiendo! A ver si se refresca, pronto... Pero no le deis esos empellones... levantadle la cabeza; no veis que si no lá sangre le subirá al cerebro; ¡Dios mios! no se les ocurre nada á estas criadas.

Una sonrisa asomó á los labios de Lavinia, y aunque era dulce y graciosa no se hallaba exenta sin embargo de cierta expresion irónica.

Julia no observó, pues despues de haberse entregado á lo que ella llamaba sus cuidados maternos, corrió por todas partes á satisfacer su curiosidad y á exhalar su admiracion; pero Rodolfo leyó en aquella sonrisa el pensamiento de su hermana, y acercándose á ella murmuró rápidamente:

—No seas injusta, hermana mia; te aseguro que es todo lo que parece y todo lo que debe ser; una esposa tierna y una madre incansable.

—Entonces, ¡alabado sea Dios! se contentó con decir Lavinia, y se dirijió adonde estaba Julia.

—Ahora no me sorprende que te guste tanto tu casa, exclamó esta; estoy maravillada... ¡qué elegancia! ¡qué gusto! ¡*cuántas* comodidades! Pero estoy anhelando ver cómo has domesticado al oso, y cómo has hecho su educacion.

—¿Y no deseais saber tambien cómo él ha hecho la mia, pícara mala lengua?

—¡La tuya? A Dios gracias, estaba concluida antes de que entrasen bajo la coyunda del himeneo, como dicen los poetas, y no daria crédito á mis ojos si te viese volver á la escuela.

—¿Crees tú, mi buena Julia, que la educacion se termina con el casamiento? ¿no te parece, que por el contrario ese dia es cuando comienza algo mas formal y sagrado que antes?

—¡Silencio! á fe mia es una suerte que Rodolfo no te oiga, pues le echarias á perder con tus abominables principios. ¿Con que les toca á los maridos educar á sus mujeres? ¿Te has vuelto loca?

—No precisamente á los maridos, pero sí al matrimonio; es tan fértil en lecciones, que con buena voluntad y algo de atencion, pronto adquirimos en él una precoz experiencia.

—*Pues yo* por mi parte, exclamó Julia con una carcajada, maldito el caso que hago de una experiencia que no nos proporciona ningun placer. En cuanto á su utilidad tampoco lo veo, y no me costaria trabajo probar que se puede prescindir de ella.

—¡Y yo que pensaba que ya la habias adquirido!...

—¿Cómo es eso?

—Sí, porque Rodolfo me ha dicho hace un instante que eres la mujer mas tierna y la madre mas incansable del mundo.

—Lo soy, es verdad, porque me agrada serlo, porque amo á Rodolfo y á nuestro angelito, y cumplo con placer todos mis deberes, pero esto proviene de mi buen corazon, y no de la reflexion ó del raciocinio; no hago nada porque otro me lo pida, sino porque en mí es un instinto hacerlo; no obedezco mas que á mi voluntad.

—Quizá seria mejor en efecto, que pudieras estar se-

© Biblioteca Nacional de España

gura de que te guian siempre deseos legítimos y una voluntad instintivamente buena. Pero admitiendo por un instante que un dia amaras menos á Rodolfo, ¿cesarias entonces de cumplir con tus deberes?

(*Se continuará.*)

REVISTA DE CADIZ.

PUBLICACIONES.—ÓPERA ITALIANA.

Es ciertamente digno de llamar la atencion el considerable número de publicaciones de libros que hace algun tiempo presenta nuestra ciudad, y que dá una ventajosa idea de su aficion literaria. El inolvidable y no remplazado Larra, el que bajo el seudónimo de Fígaro hizo durante los breves años de su vida las delicias de todas las personas de buen gusto, en uno de sus sazonadísimos artículos se propuso discutir este lema: «¿No se escribe porque no se lee, ó no se lee porque no se escribe?» Las razones que en uno y otro sentido adujo entonces fueron como suyas, y está todo dicho; pero la experiencia ha venido á demostrar luego el mútuo enlace que ambas cosas tienen; se lee porque se escribe, y se escribe porque se lee, del propio modo que muchos viajan porque hay ferro-carriles, y hay ferro-carriles porque muchos viajan: aquí, como en otros muchos casos, hay cosas que son á la vez causas y efectos de otras cosas.

Pero decíamos que en Cádiz el número de públicaciones era en verdad notable, y para convencernos de ello basta echar una ojeada sobre esa nube de entregas que corren las calles, que llaman á todas las puertas y que suben á todos los pisos; y cuenta que no hablamos aquí de esa especie de reparto vecinal que se hace por los comisionados de obras que se publican fuera, especialmente en Madrid, y cuyas primeras entregas y prospectos se echan á volar, por si alguno se posa y hace su nido en esta ó en aquella poblacion de España. No hablamos de estos, volvemos á decir, sino de los cuadernos que llevan ya direccion fija, que van á manos de suscritores reconocidos, y que además salen de imprentas que radican en Cádiz.

Entre esta multitud de empresas editoriales, diremos algo en primer término, por el parentesco espiritual que tiene con *La Moda*, de *El recreo del hogar*, biblioteca de novelas escojidas, y que además de su mérito literario y tipográfico, posee uno inestimable cuanto por desgracia poco comun, y es el de que todas las novelas que viene publicando son de aquellas que sin desconfianza y sin alarma pueden ver las madres en las manos de sus hijas, porque preside á su eleccion el principio de la mas escrupulosa moralidad.

Existe otra biblioteca que se ha propuesto hacer conocer otro género distinto de publicaciones, sin razon olvidadas, y que acaso la incuria habia hecho raras. Estas han sido hasta ahora *La historia del Cisma de Inglaterra*, escrita por el P. Ribadeneira, libro curioso, del cual han sacado los mas de los historiadores que le han sucedido las noticias de aquel importantísimo y deplorable acaecimiento.

Ha reimpreso tambien la misma biblioteca un libro de distinto carácter, en el que la ficcion y la verdad andan mezcladas, y que constituye uno de los mas antiguos tipos en España de la novela histórica, que tanto favor ha alcanzado en los tiempos modernos. Hablamos de *Las guerras civiles de Granada*, por Gines Perez de Hita, libro que contiene además intercalada en el relato una abundante y escojida coleccion de romances moriscos.

La historia de la Sagrada Pasion, escrita por el P. Palma, es un libro que debia ser harto mas conocido de lo que era para la generalidad. Esta nueva edicion podrá lograrlo, y á fé con gran fruto para las almas cristianas, y con gran embeleso hasta para los que no pretendan buscar en él una delectacion puramente religiosa; porque aun literariamente considerado es de notable mérito.

Todas estas colecciones se imprimen en el acreditado establecimiento de *La Revista Médica*. El del Sr. Arjona publica una *Biblioteca gaditana*, y el Sr. Graciá edita otra de novelas traducidas y originales.

De la *Crónica del viaje de SS. MM. y AA. RR. por las provincias de Andalucía*, de que es editor el Sr. Gautier, y que está escrita por dos personas tan competentes como los Sres. Pongilioni é Hidalgo, esperamos ocuparnos con mayor detenimiento, puesto que así lo exije el carácter de esta bella publicacion.

Compañía lírica italiana.—Antes de decir algo acerca de las funciones que han tenido lugar despues de nuestra anterior revista, vamos á trasmitir á nuestros suscritores algunas noticias sueltas que hemos hallado en uno de los mas acreditados periódicos de teatros de París, y que se refieren á la actual formacion de Cádiz, y á otros artistas aquí ya conocidos.

Dice así el periódico:

«El Sr. Rizzoli, inteligente y activo agente de la direccion del Teatro Principal de Cádiz, ha reunido en muy poco tiempo una compañía tal que este teatro no tendrá nada que envidiar á las primeras ciudades de Europa. Véanse los nombres de los artistas, ellos son suficientemente significativos: primeras tiples, Sra. Penco; Sra. Ponti Dell'Armi. Contralto: Sra. Carolina Dory. Primeros tenores: Sres. Armandi y Dell'Armi. Barítono: Sr. Butty. Primer bajo: Sr. P. Derivis. Maestro de canto y director de orquesta: Sr. Bonetti.»

«No abandonemos nuestro Teatro Italiano sin repetir, como un eco, que en Madrid la Borghi-Mamo produce entusiasmo en *Il Barbiere*; esto nos promete excelentes ratos para el fin de nuestra temporada.»

«*Madrid.*—Gran éxito; *La Favorita* cantada por la Borghi-Mamo, Mario y Guicciardi.»

Ahora dirémos que despues de la *Traviata*, de cuya ejecucion hemos dado cuenta á nuestros lectores, se ha puesto en escena *Lucia* para estreno del primer tenor Sr. Armandi.

Pero antes de hablar de esta novedad, bien será manifestemos que, gracias á la superior direccion del Sr. Bonetti, la orquesta ha hecho todo lo que en rigor debiera esperarse de los acreditados profesores que la componen, y que en el conjunto general de la ópera hemos podido notar todos un claro-oscuro, una manera de destacar los cantos, de darles vida y movimiento por decirlo así, que no habiamos conocido nunca en nuestro teatro. Aquellos coros expresan lo que cantan, y no son ya como los trozos de música que repite un organillo, los cuales son siempre lo mismo porque obedecen, no al sentimiento, sino al mecanismo de un manúbrio. Esto da todo su colorido á una ópera, y no esteriliza, como frecuentemente acontece, los esfuerzos de los principales cantantes, siquiera sean ellos de un mérito superior.

Respecto á la ejecucion en las primeras partes diremos, que por la noche de su estreno no nos atrevemos á juzgar aun definitivamente del Sr. Armandi. ¿Es que, segun de público se dijo, se hallaba hacia dias indispuesto, y no se negó á cantar aquella noche por no irrogar un perjuicio á la empresa? ¿Es que el natural temor de un estreno ante un público acostumbrado á oir buenos artistas cohibiese sus facultades? Cualquiera de estas dos cosas era la muy suficiente para que un cantante no pudiese hacer muestra de sí, cuanto mas si coincidian ámbas causas, como parece lo mas probable. Suspendemos, por tanto, nuestro juicio en este punto, al modo que lo hizó el público, el cual, si esperaba mas, no por eso dejó de aplaudir al nuevo tenor, haciéndolo salir á la escena terminada que fué su aria final.

La Sra. Ponti estuvo mejor aun que en *Traviata*, lo cual es bastante decir, y el Sr. Butti dió completa razon á los que desde luego han visto en él un excelente artista.

El Sr. Santes, que desde la zarzuela ha pasado á tenor comprimario de la ópera, fué bien recibido y con razon. Lo felicitamos por ello.

La concurrencia numerosa y animada. Todo promete que cuando la compañía entre en pleno trabajo se realizarán del modo mas cumplido las esperanzas concebidas.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION DEL N.º 6.

	BLANCAS.	NEGRAS.
1.ª	Torre 5.ª Cab. de Rey.	Rey 5.ª Alfil Rey. (la mejor).
2.ª	Alfil 3.ª Rey jaque.	Rey 5.ª Rey.
3.ª	Torre 5.ª Torre de Rey.	Peon 4.ª Reina.
4.ª	Torre 5.ª Cab. de Rey.	Peon 5.ª Reina.
5.ª	Alfil cas.ª Alfil de Reina.	Peon 6.ª Reina jaque.
6.ª	Peon quita Peon. Jaque.	Rey juega.
7.ª	Alfil. Mate.	

ADVERTENCIA.

D. Enrique Uribanena, calle de Chapitel n.º 1 en Pamplona, es el único comisionado de la empresa de este periódico en la provincia de Navarra y Vascongadas. A dicho Señor se dirigirán por tanto las personas que deseen renovar sus suscriciones ó adquirirlas nuevas, y por su conducto se podrán hacer los pagos de ellas.

Administraciones exclusivas de La Moda.

HABANA, calle de la Habana número 126.

MADRID, calle de Jesus del Valle, número 6, bajo.

SEVILLA, calle Catalanes número 4, esquina á la de Tetuan, oficina de la Andalucía.

BARCELONA, calle de San Honorato número 3, almacen

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1863.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

ALMANAQUE
ENCICLOPEDICO ESPAÑOL, PARA 1864.
POR DON MANUEL TORRIJOS.

Este Almanaque Enciclopédico, que está publicando nuestro colaborador el Sr. Torrijos, ha merecido la aprobacion de cuantas personas han tenido conocimiento de él. Nosotros á fuer de imparciales nos atrevemos á recomendarlo á los suscritores de LA MODA, especialmente á las señoras, seguros de que harán una buena adquisicion.

El todo de la obra formará un volúmen en 4.º mayor de unas 450 á 500 páginas, con multitud de grabados.

La publicacion se está haciendo por entregas al precio de **SEIS CUARTOS UNA**; pero los señores suscritores de La Moda que remitan 20 rs. á la administracion de Madrid, calle de Jesus del Valle n. 6, recibirán el almanaque encuadernado tan luego como esté acabada la impresion, que será en el próximo mes.

Como el volúmen es considerable, no será posible hacer segunda edicion, y por tanto convendrá que las personas que lo quieran recibir se apresuren á pasar sus órdenes, á fin de no verse privados de él.

En América fijan el precio los Sres. Agentes de La Moda.

© Biblioteca Nacional de España